Las vacaciones de Julia

Juan Leiva León

Las vacaciones de Julia

Juan Leiva León

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2025
© Juan Leiva León, 2025
Imagen portada: María Dolores Luque

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-74-1
THEMA: FR - FRD
DEPOSITO LEGAL: M-9219-2025

A las víctimas de la guerra,
de cualquier guerra.

PRÓLOGO

No es este un relato con el que yo pretenda trasladar a las páginas de un libro hechos ocurridos durante la guerra civil española. Podría decir, como se suele poner en los títulos de crédito de las películas, que los personajes son de ficción y el parecido de estos con la realidad, así como el guion, es pura coincidencia; o tal vez no. Lo que no impide que haya usado detalles de algún hecho verídico al que sin embargo le he dado, incluso cambiando fechas, un protagonismo diferente del que realmente tuvo. A fin de cuentas las circunstancias de cada cual son las suyas propias y, aunque parezca que determinados comportamientos deben obedecer a un cierto patrón establecido de antemano, a menudo la vida nos sorprende haciendo añicos ese referente con una visión de las cosas que no es la que esperábamos. Es por eso que un hecho visto desde fuera puede parecer una cosa y en el fondo tener unas connotaciones algo distintas.

Todo lo que acontece a lo largo de esta novela pudo ocurrir en aquellos años tan convulsos; es más, me atrevo a decir que los episodios aquí relatados, formando parte de la línea argumental, por separado

sucedieron en diferentes sitios de la geografía española, pero quizás con otros matices, con otros nombres y siendo hasta mucho más dolorosos de cómo aquí se refleja.

Por último, sin ánimos de revelar el contenido de la misma, y por si alguien ya se está echando para atrás con el recurrente «¡Vaya, otra más sobre la guerra!», debo decir que esta no es una novela sobre la guerra sino sobre el amor, es una gran historia de amor. Eso sí, enmarcada en un tiempo que inevitablemente la condiciona, como no podía ser de otro modo.

I.

JUNIO DE 1970: EL ESPERADO VIAJE

Con pinceladas de verano en el cielo parisino y sin haber despertado del todo la ciudad, los aledaños del aeropuerto bullían en medio de un gran trasiego, con la gente llevando sus equipajes no sin dificultad y con el temor a perder su vuelo. A pesar de que una huelga en el sector del acero colapsaba los accesos, Julia y su madre Madeleine habían conseguido llegar gracias a la pericia del conductor de un taxi casualmente encontrado en rue Martin, cerca de su domicilio. Apenas quedaba media hora para la salida del avión en el que iba a viajar la joven a España, como regalo por su brillante bachillerato recién logrado, y aún tenía que facturar la enorme maleta que, por exigencia de su madre, llevaba a regañadientes. Mientras la cola se ralentizaba, aparecieron los nervios y el abundante equipaje seguía siendo tema de conversación.

—Pero mamá, ¿por qué te empeñas en que me lleve tanta ropa?

—Mira, hija, tienes que causar buena impresión. Aunque vayas a un pueblo pequeño, la España que te vas a encontrar es bastante distinta a la que te contaba tu padre y además irás alguna que otra vez a Málaga. Dicen que es una ciudad preciosa que se ha modernizado mucho.

—Bueno, vale, no vamos a volver otra vez a lo que ya hemos discutido tanto. Pero te recuerdo que la mayor parte del tiempo la voy a pasar en el pueblo de papá y en pleno verano no creo que se necesite tanto equipaje.

—Lo que sí te pido es que no hables con la gente de política. Ha pasado ya mucho tiempo, pero seguro que todavía quedan resabiados que están dispuestos a sacar los colmillos y justificar los lamentables episodios de un tiempo para olvidar.

—No te preocupes, que tendré cuidado. Aunque supongo que ahora ya se podrá hablar con algo de libertad y habrá desaparecido el miedo.

—No estaría yo tan segura de eso. Fíjate que Franco no se anda con rodeos si alguien levanta la voz en su contra.

—De acuerdo, mamá. Tendré en cuenta tus recomendaciones, aunque no olvides que aquí en Francia como en otros muchos sitios hay también problemas

de fondo. Como decía papá, en todos los sitios pasan cosas parecidas.

—Venga, que ya te toca. Dame un beso, cuídate mucho y ya sabes, dale un abrazo a tu tía Isabel de mi parte; dile que igual me animo y un día de estos me planto allí. Pórtate bien y sé una buena invitada. ¡Ah! Y no olvides que los mejores novios son los parisinos, que saben mucho francés y eso vale para un mejor futuro laboral.

—Un beso, mamá —dijo Julia entre risas—, ya te contaré algo del novio malagueño que me voy a echar.

Apenas quince minutos después, con el tiempo justo para subirse al avión, despegó el Boeing con el que Julia iba a cumplir el sueño de conocer la tierra de su padre, la tierra madrastra que un día lo obligó a irse lejos, huyendo de una muerte tan segura como incomprensible, si es que alguna muerte se puede entender.

Aún con los nervios atenazándola, no tardó la joven en quedarse dormida, lo que no le supuso gran esfuerzo pues desde pequeña tenía fama de dormilona y las últimas semanas, repletas de exámenes y noches en vela estudiando, le habían ocasionado un cansancio acumulado que, ahora ya sin tanta tensión, reclamaba buenas dosis de sueño. Sin embargo, casi una hora después, se despertó justo cuando el avión comenzaba a cruzar los Pirineos para entrar en España, donde ni por asomo podía sospechar lo que iba a vivir en un

verano, previo a su entrada en la universidad, que no le resultaría fácil de olvidar.

Mientras contemplaba el espectacular paisaje montañoso, un cierto pellizco la apretó recordando aquellas palabras que su padre, no mucho antes de morir, le había dicho: «Cuando algún día vayas a mi pueblo, no te olvides de que por encima de las diferencias políticas y del dolor que algunos me causaron, la tierra que me vio nacer me duele y me dolerá siempre porque la quiero».

Julia era una muchacha guapísima, especialmente atractiva, que había tenido recientemente una seria trifulca con el chico con quien salía, un poco mayor que ella, a causa de su viaje ya que él había planificado pasar juntos el verano recorriendo parte de Alemania e Italia. A tanto llegó el enfado que, una semana atrás, rompieron; si bien la noche anterior él la había vuelto a llamar en un tono muy cariñoso que presagiaba reconciliación y sugiriendo la posibilidad de hacer ambos una ruta por España a modo de la que inicialmente habían previsto por otros países. Pero ella, muy disgustada todavía, rechazó la propuesta, aunque agradeció el gesto de llamarla. Lo cierto es que Julia, de fuerte carácter y personalidad, se mantuvo en sus trece y no renunció al viaje que tanto la ilusionaba y había esperado largo tiempo. Ahora estaba ya a punto de pisar suelo malagueño, ese del que su padre tanto le había contado cosas relacionadas con su niñez; mas era tan grande su ilusión por

conocerlo, que no pudo evitar que se le dispararan las pulsaciones cuando se produjo el aterrizaje y salió del avión. Un tanto nerviosa, recogió su equipaje, pasó por el control de pasaportes y enfiló la puerta de salida de la instalación aeroportuaria; allí la estaban esperando su prima Irene, casi de su misma edad, su tía Isabel y Antonio, el marido de esta, a quienes solo conocía a través de fotografías y alguna que otra llamada telefónica por Navidad, poco más. No hizo falta ningún cartel o aviso, unas sonrisas dieron paso a fuertes abrazos que en buena parte iban dirigidos a Juan Luque, el padre de Julia, a quien su hermana Isabel no volvió a ver tras salir huyendo de España en aquel nefasto 1937 cuando, casi milagrosamente, salvó la vida pues iba a ser fusilado en plena Guerra Civil. Pero aquello, aun con la aparición de unas lágrimas de Isabel, se sentía ya lejano y no iban a permitir que el recuerdo doloroso de aquellos hechos enturbiase un encuentro tan deseado.

Al salir al exterior para ir hasta donde Antonio había dejado el coche, la joven gala se quedó extasiada mirando al cielo y llenándose los ojos de ese azul malagueño, tan especial, del que tanto le había hablado su padre. Sin articular palabra, seguía con la cabeza levantada y, aunque sus tíos mostraron cierta extrañeza al verla tan ensimismada, pronto se dieron cuenta de lo emotivo que para ella estaba resultando contemplar algo que a quien lo tiene no le llama la atención; pero no era su caso, aquel cielo limpio de nubes y con aquel

color que tanto la había impresionado era como la primera página de una especie de libro sobre el viaje que ella ya había empezado a vivir o a imaginar mucho antes de su llegada.

—¿Qué, prima? ¿Qué te parece Málaga? —dijo Irene rompiendo aquel placentero silencio en que se había refugiado por unos instantes la recién llegada.

—La verdad es que de Málaga aún he visto poco, pero si es tan bonita como su cielo, entiendo por qué se habla tanto de ella.

—Ya verás cuando conozcas su mar y su *pescaíto* —añadió riéndose Isabel.

—Tengo ganas de ver muchas cosas, pero, si os digo la verdad, lo que más deseo es pisar las calles del pueblo de mi padre, vuestro pueblo.

—Vas a tener para ello todo el tiempo que tú quieras quedarte —le comentó Antonio—; pero, oye, dinos cómo está tu madre. Nos gustaría que ella también viniera por aquí, ya se lo dijimos contestando a su carta donde nos anunciaba tu visita.

—Veréis, mi madre es reacia a salir de casa más de un par de días. Además, sigue dándole vueltas a las razones que llevaron a mi padre a salir de España. Si a eso le añades que la prensa francesa continúa, cada dos por tres, publicando noticias sobre la represión del régimen franquista, pues ahí tenéis las claves de su negativa a venir de vacaciones.

—Bueno, lo entendemos. Pero me gustaría pedirte que procures no hablar de política, pues bastantes malos ratos nos ha hecho pasar ya —remató Antonio algo serio.

—Vale, perdonadme. Ya me lo había encargado mi madre reiteradamente, os lo aseguro —respondió Julia, algo apesadumbrada—; pero si de nuevo vuelvo a decir algo así o parecido, no me lo tengáis en cuenta. Comprended que en Francia hay libertad para hablar, tranquilamente y sin miedo, de cualquier asunto, y yo he crecido en ese ambiente. Pero os prometo que trataré de evitar comentarios que no os gusten.

—Compréndenos también tú a nosotros. No se trata de que no nos gusten, es que no queremos tener problemas —dijo Isabel mientras le echaba el brazo por encima del hombro a su sobrina y acercaba los labios a su mejilla para besarla con mucho cariño.

Con la propuesta de Antonio para tomar unos refrescos antes de coger el coche se dio por terminada la conversación o, mejor dicho, se pasó página a las recomendaciones familiares sobre temas de política. Julia no quedó demasiado sorprendida pues, aunque su madre no había viajado nunca a España, ya le advirtió de lo que se podía encontrar. Ignoraba de sus familiares españoles casi todo, asimismo de qué pie cojeaban en asuntos de política, si es que cojeaban de alguno, y sobre todo si la herida de su padre la habían curado ya o seguía supurando un poco. Ella, que se había educado

en un ambiente familiar bastante liberal y estudiado en un centro público donde se podía opinar sobre cualquier tema, temía encontrar ciertas reticencias no solo en sus tíos y primos, sino también en los jóvenes del pueblo a los que pronto conocería por mediación de Irene. Seguramente se iba a encontrar con un escenario en el que, al menos de entrada, tendría que pisar con sumo cuidado si no quería incomodar a algunas de las que podrían ser, aunque por un corto periodo de tiempo, nuevas amistades. Aun así, confiaba en que la juventud española sería más abierta y menos miedosa que sus tíos, lo que no tardaría en descubrir.

Tras pasar el día en Málaga, donde visitaron algunos de los lugares más turísticos y dieron buena cuenta de apetitosas raciones en un chiringuito del Palo, emprendieron rumbo, ya avanzada la tarde, hacia el pueblo de su padre que tanto ansiaba conocer Julia. Cuando llegaron y aparcó Antonio delante de su casa, casi anochecía. Su vecina estaba regando la puerta de su casa, como es tradición veraniega, mientras que algunos gañanes pasaban a modo de un llamativo desfile, al menos para Julia, con sus mulos cargando pesados costales de trigo o grandes lonetas que envolvían una gran cantidad de paja. A pesar de la alta temperatura durante el día, al anochecer se había suavizado algo y, como se acercaba una preciosa noche, su tía Isabel advirtió a la recién llegada de que más tarde quizás se iba a sorprender viendo a la gente sentada al fresco en

animadas tertulias, botijo al lado, donde cualquier tema tendría cabida; sin mencionarle, claro está, que alguno quedaba reservado a los más atrevidos que, dando un paseo, comentarían los últimos rumores de la radio Pirenaica sobre la salud del General. Por fin estaba ya en el pueblo que vio nacer a su padre y, a tenor del brillo de sus ojos, aquello podía ser fascinante para ella o, al menos, estaba deseando que lo fuera.

Nada más llegar, Julia conoció a Enrique, el otro hijo de Antonio e Isabel. Algo mayor que Irene, era un joven de pelo castaño, alto y atractivo que la dejó boquiabierta cuando alzándola la estrechó entre sus fuertes brazos y la recibió con un «por fin tenemos ya en casa una bocanada de aire fresco, que buena falta hace». Ella correspondió con una sonrisa y no tardó en pensar que era con su primo con quien mejor iba a congeniar, aunque era demasiado pronto para saberlo. Tras mostrarle Irene la que iba a ser su habitación, a compartir con ella misma, Julia le entregó algún detalle que le había traído de París, así como una revista, de gran éxito entre los jóvenes, que naturalmente estaba en francés.

—No importa. Aunque no domino la conversación, tengo ya cierta soltura para traducir el francés —le correspondió Irene con un gesto de gratitud acompañado de un viejo disco, grabado en francés, que conservaba casi como una reliquia.

—Muchas gracias. Aunque mis gustos musicales son mucho más modernos, también me gustan esas antiguas canciones, sobre todo para bailar con alguien que me sepa llevar.

—Tienes algún chico especial en tu vida —añadió Irene.

—Pues si te digo la verdad, lo tenía; aunque no se trataba de una relación seria. A mis dieciocho años es normal estar con alguien, como supongo que sucede aquí. Pero este viaje creo que me ha distanciado, no sé si definitivamente, de él.

—Verás, yo tengo casi la misma edad que tú, apenas unos meses más. Pero sí tengo un novio formal y hemos hecho planes de futuro. Ambos nos gustamos desde que empezamos el bachillerato y puede decirse que estamos juntos desde niños. Es más, creo que no lo he visto nunca salir o bailar con nadie y a mí me pasa lo mismo. Este próximo curso él empieza a estudiar la carrera de Matemáticas y yo quiero estudiar algo más sencillo, como contabilidad y un poco de idiomas.

—Pero Irene, ¡es una locura no haber conocido a otros chicos y estar ya comprometida en una relación formal! Creo que es un tanto precipitado —respondió Julia, algo sorprendida.

—Igual tú no lo entiendes porque, según he leído no recuerdo en qué sitio, las jóvenes francesas tenéis más libertad e incluso llegáis a tener relaciones íntimas con chicos antes de un noviazgo serio, y por eso te

choca que podamos estar enamorados desde que éramos casi niños, pero lo estamos y creo que seguros de nuestros sentimientos —explicó algo contrariada Irene.

—Mira, Irene, prometí a tus padres no tocar de nuevo temas sensibles que os puedan incomodar, pero pienso que entre nosotras podemos hablar sin miedos y sin pudor. Queráis comprenderlo o no, España quedó atrapada por culpa del régimen franquista en un retraso, con respecto al resto de Europa, que se manifiesta en muchos aspectos y especialmente, como he tenido ocasión de informarme, en aspectos educativos donde la iglesia ha contribuido a que los jóvenes estén reprimidos, cortos de vista y faltos de espíritu crítico…

—Todo eso me suena a algo que hayas leído en algún sitio y memorizado para soltármelo a mí o a quien te parezca. Es más, yo creo que tu opinión sobre cómo vivimos ahora los españoles está muy influenciada por lo que te pudo contar tu padre acerca de la España que él conoció hace ya mucho tiempo.

—Perdóname, Irene, si te he molestado. Solo pretendía hacerte comprender que eres muy joven para tomar una decisión tan importante sin haber conocido a otros chicos.

—Disculpas aceptadas, ya seguiremos hablando en otro momento. Ahora debemos bajar a cenar con mis padres, que nos están esperando y quieren puntualidad en la mesa.

—De acuerdo, Irene. Pero te advierto que soy de cena frugal, apenas un poco de queso y una fruta. Por cierto, me gusta correr por la mañana temprano; espero que no sea un inconveniente para ti que madrugue.

—En absoluto, no temas despertarme pues duermo bien y mi sueño es profundo, así que ni me enteraré cuando te levantes. Eso sí, aún no conoces el pueblo ni su entorno. Ten cuidado, no vaya a ser que te extravíes.

—Venga ya, Irene. Esto es pequeño y, aun sin conocerlo, veo difícil que me pierda. Saldré a correr por un sendero que me ha parecido ver señalizado cuando llegábamos esta tarde. ¿No te apetece acompañarme?

—A veces salgo a correr, pero muy esporádicamente. Aunque mañana no puedo ir contigo porque he de acompañar a mi madre, que tiene que hacerse una analítica en el ambulatorio. Nada importante, solo es una revisión. Anda, vamos a cenar.

Tras una breve cena, a la que no asistió Enrique ya que se había ido de acampada esa noche con sus amigos, y en la que solo se intercambiaron algunos cumplidos, Antonio se retiró pronto para sentarse frente al televisor que estaba dando noticias intrascendentes. Isabel, sin embargo, estuvo más amable y dicharachera, incluso gastando a Julia alguna broma, acompañada de un chiste que esta no entendió muy bien, sobre el habla de los franceses. Sin embargo, para Julia resultaba muy extraño y hasta doloroso que no se mencionase para nada a su padre, por lo que se puso bastante seria.